

Capítulo

1

En la avalancha de cuerpos que embarcaban en el *ferry* de Estambul a Gölcük, Sinan perdió a su hijo.

Cinco minutos antes Ismail tiraba de Sinan en la dirección opuesta, hacia la ciudad, hacia el centro del laberinto de galerías comerciales y tiendas de electrónica del barrio de Sirkeci. Sinan sospechaba que el único propósito era perder el *ferry* de vuelta a casa y retrasar el dolor de la ceremonia de circuncisión de aquella tarde. El chico caminaba por las losas dando fuertes pisadas, vestido con el traje blanco para la circuncisión, apretándole los dedos con una mano y con la otra levantando el bastón de borlas, como un pachá que dirige un desfile. Sinan dejó que tirara de él durante un rato, pero la sirena ya había sonado y, aunque él también quería retrasar la ceremonia, no podían perder ese barco.

Cuando llegaron a la avenida Resadiye, Sinan tiró de la mano del niño y cruzaron la calzada cuando se abrió un hueco en el tráfico; sus hombros se mecían, como si bailaran torpemente, al compás de su pie malo. Por fin hizo pasar a Ismail por la puerta de metal que llevaba al muelle, con el tiempo justo para unirse a la barahúnda de hombres y mujeres que vol-

vían del trabajo. Salieron corriendo de la sombra del embarcadero y volvieron a quedar expuestos al ardiente sol de verano; esta vez, Sinan condujo a Ismail por un mar de codos, hombros y espaldas húmedas. Subieron por el fino tablón de madera que hacía las veces de puente y que unía el muelle con la embarcación; por debajo de ellos, en el agua verde se agitaban las medusas transparentes. Entraron en la cabina llena de humo, donde Ismail dejó el bastón. Le soltó la mano a Sinan, y antes de que éste pudiera agarrar a su hijo del brazo, el niño desapareció: se lo tragó la ola de cuerpos.

Sinan se abrió paso entre la multitud para buscar al chico, pero el pie le entorpecía la labor. Empujó vientres de hombres que fumaban cigarrillos, se puso de costado para ocupar menos. «*Affedersiniz* —decía a todas las personas a las que rozaba, con una voz que apenas ocultaba su pánico creciente—. Perdón». Cuanto más luchaba por avanzar, más hacia atrás le echaban los empujones de la muchedumbre, y, al cabo de poco tiempo, acabó en el otro extremo del *ferry*, con la espalda pegada a una cadena oxidada que le impedía precipitarse al Bósforo.

—¡Alá, Alá! —exclamó. Un hombre que estaba a su lado lo miró.

—Demasiadas personas —afirmó el hombre. Encendió un cigarrillo; el humo se le alejaba del rostro—. Demasiadas personas y demasiada poca ciudad.

—He perdido a mi hijo —anunció Sinan.

El hombre se dio la vuelta. Era más alto que él y podía ver por encima de las cabezas de la muchedumbre.

—¿Dónde? —preguntó.

—En la entrada.

El hombre se puso de puntillas y dio un grito tan fuerte en la cabina que el gentío guardó silencio.

—*Erkek çocuk nerede?*

Aquello dio pie a un coro de voces: «¿Dónde está el niño?», exclamaban desconocidos: las voces tapaban el sonido del motor que se esforzaba por alejarse del muelle. «¿Dónde está el niño?», exclamaban al viento, mientras el *ferry* apuntaba al agua azul con el casco blanco. «¡Ismail!», gritó Sinan, uniendo su voz al coro. Los hombres también decían «¡Ismail!» a voz en cuello, y una algarabía de preocupación se difundió por la cabina.

Entonces, a diez metros, elevándose por encima de las cabezas de cientos de personas, apareció su hijo. Al principio parecía que el niño flotaba sin que nadie lo ayudase, un fantasma principesco que había emprendido el vuelo en ese viento azotado por el mar, pero, al acercarse, Sinan vio los hombros en los que Ismail se apoyaba. El hombre iba dando codazos entre el gentío para pasar, con un cigarrillo encendido en la boca, sujetando el vientre del chico con unas manos grandes y velludas. Los dientes blancos de Ismail brillaban en contraste con la piel, y sus ojos negros refulgían bajo la luz de la tarde. Empuñaba el bastón, y durante un instante parecía un rey elevado sobre el pueblo de Estambul.

—*Tesekkür ederim* —dijo Sinan cuando el desconocido le entregó a su hijo.

—*Bir sey degil.*

* * *

Cuando el barco atracó en el barrio residencial de Gölcük tres horas después, Ismail no quería soltar la barandilla. Sinan le acarició la cabeza y le recordó los regalos que le iban a dar después de la ceremonia. Le hizo cosquillas en las axilas y le tiró levemente de las orejas, lo que no produjo la acostumbrada sonrisa con hoyuelos, ni tampoco consiguió que

el chico dejara de agarrarse con los nudillos blancos. Algunas mujeres, que avanzaban lentamente a la salida, sonrieron compasivas. El hombre que había llevado a Ismail a hombros le metió un billete de un millón de liras en el bolsillo del chaleco de satén blanco.

—¿Cómo te llamas?

—Ismail.

—¿Ismail qué más?

—Ismail Basioglu.

—Qué nombre tan bonito. Propio de un hombre fuerte. —El hombre hizo un guiño a Sinan—. No puedes ser un niño durante toda tu vida.

A Sinan le pareció que el hombre le reprendía por la edad de Ismail —nueve años, debía haberse hecho el *sünnet* como poco un año antes—, pero su sonrisa sólo traslucía generosidad.

Cuando todo el mundo hubo abandonado la cubierta, Sinan tocó la mano de su hijo y notó que los dedos del niño se agarrotaban.

—Tenemos que irnos —anunció.

Detrás de Ismail, el sol se hundía en unas franjas rojas del horizonte.

Sinan se arrodilló al lado del chico y le puso las manos en los hombros:

—Te va a doler, pero el dolor se pasará y Dios sabrá que estás dispuesto a aguantar el dolor por él. Un hombre tiene que aguantar el dolor, Ismail. Pero se te pasará.

El niño miró al suelo; las largas pestañas se le pegaban a las mejillas.

—¿Un *baklava* bañado en miel para después? ¿O quizá dos?

Por fin, el niño sonrió.

Habían salido de casa aquella mañana cuando la luz despuntaba en la bahía, y cogieron los tres *ferries* que atravesaban el golfo de Izmit para llegar a Estambul. Sinan no había estado en Estambul desde que salieran de Yesili, su pueblo del sureste, y llegaran a la ciudad, hacía siete años, pero Ismail había pedido especialmente que le dieran una vuelta por allí el día de su circuncisión. Sinan odiaba Estambul —demasiada gente, demasiado cemento, muy poco cielo—, pero a Ismail le fascinaba. Después de todo un día caminando por la ciudad, cosa que produjo dolor de pies a Sinan, se le acabó contagiando la fascinación del niño.

La gente fue más amable de lo que esperaba. Una mujer de una pastelería dio al chico un trozo de tarta de chocolate recubierta de pistacho; a Ismail no tardó en caérsele un pedazo en el satén blanco del traje de pachá, y en manchar así el traje que a Sinan le había costado el salario de una semana. Un taxista los llevó gratis al palacio de Topkapi, desde el cual, como sultanes de antaño, contemplaron las aguas brillantes del Bósforo. Se quedaron maravillados ante el puente Bogazici, que se alzaba como una enorme sutura metálica entre las colinas de Asia y de Europa. Contaron los barcos que zigzagaban por el mar de Mármara —enormes buques cisterna que levantaban el agua a su paso, transbordadores de coches destartados que la corriente inclinaba, barcos pesqueros pequeños como tablones—, y dejaron de contar cuando llegaron al número cuarenta y seis. Mientras pasaban junto a los restaurantes de pescado del barrio de Kumpkapi, los músicos de uno de los establecimientos para turistas abandonaron las mesas y siguieron a Ismail por la calle, mientras tocaban las flautas de junco para anunciar su paso.

Nilüfer e Irem se habían quedado en casa para preparar la comida de la fiesta de aquella noche. Si todavía vivieran en Yesili, los tíos, las tías y los primos de Sinan les habrían ayudado, y toda la familia habría hecho desfilar a Ismail por las calles sin pavimentar. Sinan se calló los recuerdos de su celebración del *sünnnet*: no quería que su hijo supiese lo que se estaba perdiendo. Pero las imágenes no dejaron de venirle a la cabeza durante todo el día: su padre subiéndole al mejor caballo, su madre caminando a su lado, poniéndole una mano en la rodilla, y el vientre del caballo que se mecía junto al vientre embarazado de ella. Era uno de los últimos recuerdos que tenía de la madre y, aunque tenía el rostro blanco y no sonreía, a él no se le ocurrió decirle al padre que se la llevara a casa. Tres días después, el padre dejó a Sinan con una tía y llevó a la madre al hospital bueno de Diyarbakir. Ella sangraba, le dijo la tía a Sinan. Los médicos la iban a curar y él iba a tener un hermanito o una hermanita cuando volvieran a casa. Sólo volvió el padre.

La llamada a la oración vespertina resonó en docenas de altavoces; las voces amplificadas rebotaron en los muros de cemento de los edificios de apartamentos. Sinan también estaba nervioso, y el nudo en el estómago, del tamaño de un albaricoque, se le había endurecido. Mientras volvían a casa pasaron al lado de las pescaderías, y Sinan dio dinero a Ismail para que les comprara cabezas de pescado y colas cortadas a los gatos callejeros. Eren Bey, el pescadero, envolvió los despojos con papel y se los dio al niño.

—Espera —dijo Eren Bey, alzando un dedo ensangrentado. De un cesto forrado de helechos, que contenía sus mejores *palamut*, cogió el pescado más grande, lo envolvió con una ramita de orégano y se lo dio a Ismail—. El pescado te convertirá en un hombre fuerte. —Le mostró el bíceps

y se dio un golpe en el bulto muscular—. Todas las mujeres del mundo te besarán los pies.

Eren guiñó un ojo e Ismail sonrió.

—Por favor —intervino Sinan—, que sólo es un niño.

—*Efendim* —repuso el pescadero, extendiendo las manos como si hubiera recibido una pequeña ofensa—, sólo es una broma.

Se detuvieron en el *kanak* de madera podrida en el que vivían los gatos callejeros, pero éstos no estaban. En cualquier caso, Ismail tiró los restos de pescado por una ventana rota, un regalo para cuando volvieran. Siguieron la oración del *maghrib** en la mezquita, y Sinan escuchó mientras Ismail se trataba con el árabe. Después subieron la colina que llevaba a su apartamento, y las luces intensas del parque de atracciones de debajo giraban frente al cielo oscuro. Como siempre, Sinan prometió que algún día llevaría a Ismail a la noria.

Cuando llegaron al apartamento, el nudo del estómago de Sinan había adquirido el tamaño de una manzanita. Se acarició ese punto con las yemas de los dedos y éste le dio vueltas por el vientre. Pensó brevemente que quizá podía retrasar la ceremonia otro año. Pero la gente ya estaba llegando, el *sünneci* ya se había organizado, y aquella noche tendría que hacer que su hijo soportara el dolor.

—Ve a buscar a Ahmet —ordenó a Ismail. Sabía que su cuñado mimaría al chico, que lo trataría como a un niño por última vez, antes de que tuviera que soportar el peso de intentar ser un hombre—. Os iré a buscar a la tienda dentro de un rato.

* La oración del ocaso. [Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique lo contrario, es del traductor.]

Sinan subió la escalera de caracol del edificio. Una música norteamericana atronaba en las escaleras y resonaba en la barandilla de metal. Odiaba aquel lugar. Desde fuera tenía buen aspecto: los muros de cemento estaban pintados de amarillo y los escalones de la puerta de entrada eran de un mármol mediocre que brillaba cuando el conserje se molestaba en pulirlos. Pero en el interior se oían los susurros de los demás detrás de las puertas de contrachapado, las paredes de yeso estaban desconchadas, y en las tardes de tormenta, cuando la lluvia recorría la bahía como si el mar se hubiera levantado y hubiera formado un muro, el viento se colaba por las grietas de la argamasa y dejaba sal marina y polvo de cemento en las esquinas del salón.

En la cocina, Nilüfer estaba empapada de sudor y llevaba una capa de harina encima. Tenía pegadas unas bolitas de masa en las yemas de los dedos.

—Sinan. —Sonrió—. *Canım* —dijo, y le colocó adrede las manos, con restos de masa, en el rostro.

—No hagas eso, Nilüfer —protestó él, pero dejó que le embadurnara las mejillas de masa.

Ella le dio un beso en ambas mejillas manchadas. Sinan le recogió un mechón suelto de cabello y se lo metió debajo del pañuelo de la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevan así? —preguntó, señalando con la cabeza la música que sonaba a todo volumen por encima de ellos.

Ella se encogió de hombros:

—Unos tres cuartos de hora. —Miró detrás de Sinan—. ¿Dónde está Ismail?

—Con Ahmet.

—Pues ve a buscarlo. Tiene que prepararse. —Aplastó unos panes que él había comprado en la tienda esa ma-

ñana—. Este pan está demasiado duro. Tienes que encontrar otro panadero —afirmó, y después entró en la cocina—. El yogur se ha puesto líquido. Este calor lo está estropeando todo. El *börek* no sube, los pimientos parecen de goma.

—Todo saldrá bien, Nilüfer —replicó él—. Iré a la tienda por más pan. Deja de preocuparte.

Ella apoyó un puño en la cadera y exhaló un soplo:

—Como si tú no te preocuparas.

Él se tocó el vientre e hizo una mueca. Ella hizo un ademán con la mano:

—¿Lo ves?

—Tienes razón, tienes razón —concedió él entre risas.

Él echó una mirada a la otra habitación, donde su hija estaba viendo la televisión, y se cercioró de que Irem no podía verlos antes de tocar las caderas de Nilüfer y de besarla en los labios: un beso prolongado, de los que sólo le solía dar en el dormitorio.

—Estate quieto —dijo ella, pero no apartó las manos del pecho de él. Le dio un golpe en el hombro y le susurró—: No nos hacen falta más hijos.

—¿Esto qué es? —preguntó Sinan. En la mesa de la cocina, en una bandeja circular, había una especie de bizcocho. No era un plato turco.

—Tarta de pacanas —repuso Nilüfer, arqueando las cejas en un gesto de asombro—. La ha traído Sarah Hanim, para la fiesta. —Levantó los ojos al techo.

—¿La mujer del americano? —dijo él—. ¿Pacanas?

Una familia norteamericana ocupaba el sexto piso, el inmediatamente superior al suyo. Sólo pasaban allí los veranos, sin hacer nada, tomando vino en la terraza, escuchando jazz, por lo que Sinan veía.

—Se llama Sarah —dijo Nilüfer, mirándolo de hito en hito—. Sarah Roberts, y es simpática.

—Pues entonces a lo mejor podría enseñar modales a su hijo. —Él señaló el techo vibrante.

—Los tendríamos que haber invitado. Me siento mal.

—Deberías ayudar a tu madre —dijo Sinan a su hija, metiendo la cabeza por la puerta del salón.

—*Baba*, llevo todo el día trabajando. —No lo miró al hablar. Él no sabía qué les pasaba a las chicas de quince años, pero nunca había visto a una hija tan grosera con sus padres.

Echó un vistazo a la televisión. Era un programa norteamericano doblado al turco, y las bocas de los actores se cerraban antes de que se dejaran de oír las frases. Una rubia ligera de ropa mataba monstruos con una estaca.

Miró el programa durante un minuto, tiempo suficiente para darse cuenta de que los temas eran el demonio y el sexo.

—No quiero que veas eso. Es inmoral.

—*Baba*, Buffy mata a los vampiros, a los malos. No hay nada más moral que eso.

Él apagó la televisión bruscamente.

—*Baba!*

—Prepárate para esta noche —le dijo—. Es la noche especial de tu hermano.

Irem salió corriendo por el pasillo.

—Ismail, Ismail, Ismail —protestó—, siempre Ismail.

Cerró de un portazo la habitación que compartía con su hermano y la música de arriba cesó.

Sinan soltó un suspiro de frustración.

—¿Cómo estamos educando a nuestros hijos? —exclamó en dirección a la cocina.

—Podrías saludarla primero —repuso Nilüfer, sacando la cabeza desde la cocina.

—¿Para que me ignore y se quede mirando la caja tonta?

—Sinan, sólo es un programa de televisión. —Él oyó que la puerta del horno se abría con un chasquido—. Ha estado trabajando mucho desde esta mañana. Sé amable.

Volvió a encender el aparato y lo miró durante un minuto, inclinando la cabeza para reflexionar. Primero mataban y después se besaban; aquello le bastaba. Lo apagó.

—Los voy a invitar —anunció Nilüfer, ahora desde el pasillo.

—No. —Ya era malo que vivieran en el piso de arriba, y no quería que los americanos entraran en su casa, especialmente aquel día.

—Sinan —insistió Nilüfer—, no tienes razón. Son nuestros vecinos.

Él dijo que no con la cabeza, pero ella ya se le acercaba con una sonrisa en el rostro.